

“Cada texto invita a jugar un juego diferente, con sus propias reglas”

Según Nemi, docente universitario, el análisis del discurso no sólo es una herramienta para diseccionar palabras y mensajes de los más variados sino que también resulta muy útil para el traductor cuando necesita darle sentido a un texto que, en apariencia, no lo tiene.

—¿Podría definir brevemente qué es el análisis del discurso?

—Es un campo de conocimiento que emplea los saberes surgidos de la lingüística, la semiología y la semiótica para comprender mejor los distintos tipos de discursos. El análisis del discurso ofrece herramientas teóricas y prácticas que ayudan a una comprensión más acabada, más sutil, más profunda de los textos, escritos u orales.

—¿Cuándo y en qué contexto surgió el análisis del discurso?

—El análisis del discurso surge a mediados del siglo XX. En la década del diez, la publicación del *Curso de Lingüística General*, a partir de las notas que un grupo de alumnos tomó de las clases de Ferdinand de Saussure, llevó a que en los ámbitos intelectuales se empezara a mirar con mayor atención al lenguaje como un objeto de estudio y reflexión. Pero como todos sabemos, Saussure distingue la *lengua* del *habla*. Y si bien reconoce que la lengua es una abstracción, mientras que el habla es concreta, real y palpable en la expresión de los usuarios del lenguaje, también afirma que habrá que

contentarse con estudiar la lengua, porque el habla es individual, variable, irreplicable. En las décadas del cincuenta y sesenta, los trabajos de Emile Benveniste, en Francia, y Mijaíl Bajtín, en la Unión Soviética, son los que empiezan a plantear la posibilidad de analizar discursos concretos. En lo personal no creo que la *Teoría de la Enunciación* de Benveniste sea un instrumento de gran valor para el análisis de textos, pero sí reconozco que fue muy importante su aporte porque fue quien demostró que lo que realmente importaba estudiar no era la lengua como abstracción, sino los actos de enunciación concretos. Benveniste es quien plantea que los actos de enunciación no son tan irrepetibles como creía Saussure. O bien: son irrepetibles pero se pueden rastrear en ellos ciertos comunes denominadores, que es posible estudiar (el uso del tiempo presente para opinar, la presencia del “yo” como sujeto de la enunciación, etc.). Bajtín es, por su parte, quien llama la atención sobre la posibilidad de analizar diferentes discursos, porque, si bien cada uno de ellos es individual, se inserta en una esfera más amplia, social, que son los géneros discursivos. Por ejemplo,

un político que da un discurso en un acto, o una cocinera que escribe un libro de recetas no está “inventando” ese género. Se inserta en una tradición genérica que le marca límites, estructuras, posibilidades e imposibilidades. Por supuesto que puede haber transgresiones, pero aún para transgredir un género discursivo hay que conocerlo muy bien. El concepto de género discursivo establece un punto de referencia muy valioso para analizar los distintos discursos que se insertan dentro de cada género. Bajtín, que para mí es una de las mejores cabezas del siglo XX, es quien introduce con mayor lucidez este elemento social en el análisis del discurso.

—¿Cuáles son los discursos más interesantes para trabajar?

—Cuando enseño análisis del discurso a futuros traductores, intento trabajar con el abanico más amplio de textos, porque luego en su desempeño profesional seguramente deberán enfrentarse a una gran variedad de géneros discursivos. En lo personal, el discurso literario y el discurso político me parecen de los más interesantes para trabajar. Y por motivos

bien distintos. En la literatura, se produce una fenomenal ruptura de todo tipo de regla. Cada texto es un mundo aparte, que genera sus propios recursos, su propia lógica, un sentido particular de la verosimilitud. Con la literatura cada texto invita a jugar un juego diferente, con sus propias reglas. Y eso es todo un desafío, intelectual y estético. En cambio, en el discurso político es llamativo ver cómo muchos de los recursos composicionales se repiten. Quienes investigaron en profundidad este tipo de textos (Eliseo Verón, por ejemplo) encontraron una serie de regularidades que forman parte, sin excepción, de todo discurso político. Y es muy interesante ver cómo esto se cumple aunque uno analice discursos de diferentes países, épocas o ideologías.

—¿Con qué otras disciplinas y ciencias interactúa el análisis del discurso?

—Dentro de la variada producción intelectual que hay en este terreno, se hallan trabajos que tienen mayor contacto con la lógica y la gramática, otros con la psicología y otros con los estudios sociales. Estas últimas son las investigaciones que a mí, en lo personal, más me interesan. En los últimos años hay cada vez más carreras que incluyen en sus planes Análisis del Discurso. Y yo creo que es un campo de conocimiento necesario no sólo para formar buenos profesionales sino también buenos ciudadanos. La ciudadanía exige capacidad de lectura crítica de la realidad. Capacidad de desentrañar ideológicamente qué nos dicen los discursos con los que nos bombardean desde los medios, el gobierno, las empresas, Internet, los lugares de trabajo. Por eso me interesa enormemente la posibilidad de diálogo entre este terreno y las ciencias sociales. Creo que nunca los seres humanos hemos sido acosados por tal cantidad y variedad de mensajes casi simultáneos. Y cuando veo la realidad política y social argentina, me preocupa enormemente la falta de sentido crítico no ya del ciudadano común sino incluso del periodismo, de algunos intelectuales, de muchos docentes universitarios. En los últimos debates profundos que se produjeron en la Argentina, mucha gente llamada a pensar la realidad se limitó a repetir consignas vacías escuchadas en los medios masivos de comunicación. Una sociedad sin sentido crítico es presa fácil de los grandes poderes. Y con

"En la literatura, se produce una fenomenal ruptura de todo tipo de regla. Cada texto es un mundo aparte, que genera sus propios recursos, su propia lógica, un sentido particular de la verosimilitud".

esto no me refiero sólo al poder político sino más bien al poder de los medios masivos de comunicación, que moldean la realidad de acuerdo con sus propios intereses, que generalmente no son los mismos que los de la mayoría de la población.

—¿Quiénes son los lectores interesados en los trabajos de análisis de tal o cual discurso?

—En el análisis del discurso nos encontramos con el mismo problema que en otras áreas del saber humanístico. Los trabajos específicos son realizados, mayoritariamente, por académicos. Y en la Argentina hace años que hay un fuerte divorcio entre el trabajo académico y la realidad nacional. Con lo cual el ámbito de circulación de la mayoría de estas producciones son maestrías, jornadas, congresos. Y muchas veces son trabajos muy específicos. Esto no les quita valor pero determina que sus lectores sean un grupo muy reducido, de especialistas. Como excepción, sí se han hecho numerosos trabajos de análisis del discurso referidos a la última dictadura militar, o al lenguaje de los nazis en la Alemania de la Segunda Guerra. Y son aportes importantes... pero creo que en este momento sería necesario que surgieran investigaciones sobre el discurso actual de los medios, sobre la publicidad, sobre las frases utilizadas por nuestra clase media para referirse a las clases populares, sobre los giros autoritarios o discriminatorios dentro del lenguaje de la Iglesia... también sería interesantísimo estudiar el autoritarismo en el discurso pedagógico. Insisto: hay quienes se les animan a estos temas, pero suelen ser trabajos minimalistas, que no llegan a ofrecer una mirada amplia, totalizadora

"Puede leerse el desarrollo de un país o un grupo social a través de la evolución de sus discursos: si incorpora o repele vocablos extranjeros, cómo cambia el empleo de las llamadas malas palabras, qué términos se dejan de utilizar."

de la cuestión. Y como sociedad nos vendría bien poder pensar estos temas a la luz de estudios serios, que nos ayuden a construir sentidos posibles en medio de tanta confusión generalizada.

—¿Qué elementos o componentes son comunes de distintos discursos? ¿La ideología, por ejemplo?

—Sí, todo discurso es ideológico. Yo trabajo en escuelas y universidades y hasta una nota en el cuaderno de comunicados a los docentes es ideológica. No es lo mismo encabezarla escribiendo "señores docentes" que "estimados docentes". Y es completamente diferente si la nota se inicia con un "compañeros docentes" o "queridos profes". En este aspecto sí ha formulado un aporte interesante Emile Benveniste, con su teoría de la enunciación (luego completada por muchos otros autores). Esta teoría nos ha ofrecido elementos para rastrear si la ideología se explicita, a través de adjetivos, presencia de la primera persona, deícticos, tiempo presente o se intenta borrar o disimularse, mediante la desaparición de la primera persona, la elección de un lenguaje neutro o el predominio de tiempos verbales asociados al relato, y no a la opinión. Pero hay otros elementos comunes a todos los discursos. Todos son lineales, y por lo tanto subjetivos, porque el autor debe determinar qué ideas expresa inicialmente y cuáles al final. Todos sabemos que en un diario no es igual lo que se pone en el título de la noticia que lo que se escribe en la última línea. Todo discurso se inserta en un género discursivo, de carácter social e histórico, al que puede ceñirse más o menos, en todos los ca-

sos el sujeto de la enunciación es la primera persona. Para ser discursos deben tener un emisor concreto y estar dirigidos a alguien, con determinada intencionalidad. Todo esto parece muy obvio, pero no siempre se ha tenido en cuenta en la traducción. Planteo un ejemplo concreto: el género discursivo "diálogo docente-alumno" varía en cada cultura. Supongamos que yo estoy traduciendo una novela argentina al alemán, y en el texto fuente un alumno le hace una pregunta a su profesor de la Universidad y lo tutea. Si yo desconozco el género discursivo en alemán y traduzco un tuteo, estoy falseando el texto, porque el lector alemán va a leer esto como una falta de respeto o una intimidación excesiva entre estudiante y docente, mientras que en la Argentina muchos chicos tutean a sus profesores terciarios, sin por eso resultar irrespetuosos. Si yo me limito al saber lingüístico y no tengo en cuenta que los géneros discursivos varían de una cultura a otra, posiblemente traduzca cualquier cosa, aunque maneje a la perfección la gramática y el léxico.

—A través del análisis del discurso de distintos textos de distintas épocas, ¿se podría ver el desarrollo de una línea histórica de un país, de un grupo social, de una cultura? ¿Qué características tendría ese trabajo?

—Sí, porque el lenguaje y la comunicación son fenómenos sociales. La sintaxis castellana es más flexible que la alemana o la inglesa porque nosotros somos más flexibles como sociedad. Ivonne Bordelois, en su bellissimo libro *La palabra amenazada*, plantea algunas de estas cuestiones. Ella explica por ejemplo la diferencia entre las palabras "hombre" o "humano", que derivan de humus (barro) y "man", en inglés, que la mayoría de los estudios etimológicos relaciona con mente. Para las culturas latinas el hombre es "tierra", es un ser unido a la naturaleza, mientras que en lengua inglesa el ser humano es sobre todo "mente", aquello que lo diferencia de los otros seres de la naturaleza. Lo mismo ocurre dentro de una misma cultura: puede leerse el desarrollo de un país o un grupo social a través de la evolución de sus discursos: si incorpora o repele vocablos extranjeros, cómo cambia el empleo de las llamadas malas palabras, qué términos se

dejan de utilizar. O para poner otro ejemplo: si comparáramos diacrónicamente los exámenes escritos por alumnos de la escuela secundaria de hace cuarenta años y de la actualidad, seguramente veríamos cómo ya casi no se escriben proposiciones subordinadas. O cómo los conectores causales (“por lo tanto”, “en consecuencia”, “en conclusión”) han sido reemplazados por coordinantes (el conector “y” básicamente). Este dato lingüístico marca un fuerte vaciamiento cultural en un país. Implica que a las nuevas generaciones les resulta difícil ordenar su pensamiento estableciendo causas y consecuencias. Y esto es muy grave, a nivel político, familiar, educativo, empresarial. Pero también están las permanencias: en la Argentina las palabras que emplea Esteban Echeverría, en *El Matadero*, para referirse a los federales (a los que animaliza) son las mismas que utilizan las clases altas porteñas para estigmatizar a la gente que viene del interior (se habla de “aluvión zoológico”) durante el peronismo. Y son las mismas que emplea el diario La Nación hoy para referirse a los piqueteros. Yo creo que pensar una sociedad a partir de sus cambios y constantes lingüísticos es un camino muy interesante para quienes se dedican al análisis del discurso. Pero insisto en que muchas veces se elige el otro camino: el trabajo erudito que aporta poco al crecimiento social. Considero que en la Argentina, la gran mayoría de los académicos no siente que su trabajo deba contribuir a la construcción de una sociedad mejor. El análisis del discurso puesto al servicio de generar un mayor sentido crítico en los ciudadanos es una herramienta extraordinaria. Pero puesto al servicio de la erudición enciclopedista no es más que un nuevo adorno de esa elite intelectual que siente eso: que la cultura es un “adorno” para lucir en reuniones sociales, congresos o publicaciones que sólo circulan entre pares.

—¿En qué medida las herramientas del análisis del discurso pueden ser útiles para el trabajo del traductor?

—Yo creo que son herramientas esenciales. Porque ofrecen caminos más o menos sistemáticos para comprender mejor cualquier tipo de discurso que haya que traducir. En mi criterio, el análisis del discurso implica un salto cualitativo impresionante: porque ofrece instrumentos para



Hernán Nemi

Es profesor de Análisis del discurso; Teoría Literaria y Literatura Contemporánea en la carrera de Traductorado Público de Inglés de la Universidad de Morón. Comparte estas cátedras con los profesores José Abásamo y Catalina Coll.

También es docente en la Universidad de Tres de Febrero, institutos terciarios y escuelas secundarias.

acercarse al sentido de los textos, no ya al significado, que está dado por el diccionario, la gramática y el conocimiento de los idiomas. Un traductor que sólo traduce significados puede ser un profesional correcto, pero sólo aquél que logre desentrañar el sentido del texto a traducir será un gran traductor. Por otro lado, el ritmo vertiginoso de la vida actual y la diversidad y multiplicidad de saberes e informaciones con los que nos enfrentamos, dificulta que nos detengamos a buscar sentidos. Uno puede estar muy actualizado, saber mucho, leer de todo y, sin embargo, no poder decodificar sentidos. La formación tradicional de los traductores ha sido más bien técnica. Un traductor debía saber mucha gramática, mucho

idioma y además tener una vasta cultura general. Pero la capacidad para comprender el sentido de los discursos que debía traducir no era algo que se enseñara específicamente. El análisis del discurso es ese espacio en que se ofrecen herramientas teóricas y prácticas concretas para aproximarse con mayor rigor y certeza al sentido. En la carrera de Traductorado de Inglés de la Universidad de Morón hay un nivel de Análisis del Discurso. Y es muy positivo que así sea, pero considero que ya se debería estar pensando en agregar un segundo nivel, porque creo que es esencial entrenar mucho más la comprensión lectora en los futuros traductores.

—¿Qué requiere el texto literario del traductor que va a trabajar sobre él?

—Básicamente que conozca la Literatura, que haya leído mucho, que haya podido gozar con un cuento, una novela, un poema, una obra de teatro. Es decir, para traducir literatura hay que ser un lector apasionado. Pero también requiere ciertos conocimientos teóricos y cierta capacidad para escribir bellamente en la lengua a la cual se va a traducir la obra. Yo coordino, junto al profesor José Abásamo, un taller de escritura en lengua castellana para futuros traductores. Y ahí descubrimos que la mayoría de los estudiantes no ha vivido experiencias de escritura literaria. Entonces, para que lleguen a ser buenos traductores literarios hay que hacerlos escribir literatura. Nadie puede desempeñarse bien en un género discursivo que no frecuenta. Obviamente existe cierto talento natural que hace que la mayoría de los grandes traductores literarios sean escritores consagrados. Pero también existe una parte de oficio que hay que aprender: cómo se genera una atmósfera de crueldad o de ternura, cómo se escribe en primera o tercera persona, de qué manera se logra cierta musicalidad en un verso, cómo se construye una metáfora. Por supuesto que todo esto puede estudiarse teóricamente, pero para poder utilizar algunos de esos recursos a la hora de traducir hay que prepararse,

escribir mucho, recibir correcciones, reescribir, volver a reescribir una vez más. Igualmente, la experiencia de coordinar talleres de escritura con futuros traductores es muy linda: suelen ser chicos muy sensibles, inquietos, con ganas de aprender y, en muchos casos, muy talentosos y creativos.

—¿En algún caso se presentan diferencias al analizar textos en castellano o textos traducidos de otros idiomas?

—Sí. Yo creo que siempre que uno lee una traducción siente cierta extrañeza, es consciente de que está leyendo un texto que viene de otra lengua. Por ejemplo: Poe y Quiroga son dos cuentistas extraordinarios. Y casi todos hemos gozado muchísimo con los relatos de ambos. Pero cuando leo a Poe en castellano, siento que estoy leyendo una traducción... y no por las temáticas sino por cierta música extraña al español o por la sintaxis o la respiración del texto. No me resulta fácil explicar con claridad el porqué. Pero uno descubre que está leyendo traducciones. Esto no es una crítica al traductor sino que quizá sea una característica propia de toda traducción. Por el contrario, lejos de cuestionarlos yo estaré eternamente agradecido a los traductores literarios porque gracias a ellos he disfrutado, leído, llorado, reflexionado con enormes obras a las que de otra manera jamás hubiera podido acceder. Por decirlo de manera concreta: Sófocles, Dante, Shakespeare o Schiller han sido personas muy importantes en mi vida. Mucho de lo que soy se lo debo, sin dudas, a que tuve la fortuna de encontrarme con sus obras en momentos muy importantes de mi trayectoria personal. Si no hubiera sido porque hubo traductores talentosos, sensibles y —por qué no— geniales, yo me hubiera perdido de esas enormes riquezas. Y mi vida hubiera sido mucho más pobre.